

rescataron, como Damasco, á fuerza de dinero. Viendo Saladino que su distancia del teatro de estos acontecimientos aumentaría el valor de los Cristianos, y expondría á Alepo, tornó de nuevo á Siria. Cuando llegó á Damasco, reprendió á su tío Ferruschá, gobernador de la ciudad, por haber desperdiciado el dinero de los musulmanes en tributos á los infieles, en vez de recordar el versículo del Corán que dice: « Muchas veces un grande ejército fué vencido por una reducida tropa. » Confió el mando de Arim á su sobrino Takdyeddin Omer; el de Em á su primo Nassireddin Mohamed, hijo de Esse-deddin, y permaneció el año siguiente en Damasco.

Desde el año anterior había querido Saladino impedir las vejaciones que sufrían los peregrinos, á quienes el emir de la Meca sacaba dinero, prendiendo á los que no estaban en posición de pagar. Envío al emir considerables presentes, y estableció además que todos los años se enviasen de Egipto á la Meca ocho mil fanegas de grano para las necesidades de la caravana de los peregrinos, que pedían en alta voz en la Caaba y sobre el Monte Arafá la bendición del Cielo para el donante.

Al siguiente año hostilizó Saladino el castillo fabricado por el rey Balduino en el vado del Jordán, entre Panea y Damasco, allí donde Jacob luchó una noche entera con el ángel. Con este motivo el poeta de Damasco Saati, cantó: « ¿Debe, pues, habitar en los lugares del Profeta un pueblo que no se avergüenza del perjurio? Abandonad, os lo aconsejo, la mansión de Alepo; pues viene Yusuf, el hombre de la inteligencia y de la fe. »

En el mismo año el ejército de Saladino combatió en los confines septentrionales de Siria, al mando de su sobrino Takgeddin, con el de Kilidye Arslan II, sultan de los Selyúcidas del Rum, que le excedía mucho en número; pues Kilidye Arslan había enviado un ejército de veinte mil hombres á apoderarse del castillo Raaban, que estaba en manos de Ibnol Mocaddom, dueño en otro tiempo de Balbek. Saladino marchó en seguida personalmente contra Kilidye Arslan; pero una embajada de este, no solo negoció la paz, sino también una liga defensiva contra Leon, rey de Armenia, que molestaba el territorio de los Selyúcidas. Otra embajada de Kilidye Arslan negoció una paz general entre los Estados orientales beligerantes. Saladino volvió á Egipto, donde acababa de morir su hermano Turanschá, el cual había empañado su brillante gloria militar con la excesiva prodigalidad y una vida afeminada, y dejó por lugarteniente en Siria á su sobrino Iseddin, señor de Balbek. Este sitió á Tiberiade por tierra, á Aden por mar, y obligó al rey Balduino y al conde de Trípoli á pedir un armisticio. Para apaciguar los disturbios suscitados en Arabia despues de la muerte de Turanschá, Saladino envió dos emires, los cuales tranquilizaron á Sebíd y Aden, mientras que su sobrino, gober-

nador de Siria, sitiando á Carak, impedía al conde Reinaldo de Chatillon verificar sus desig-nios contra la Meca y Medina. Habiendo muerto por aquel tiempo Saleh Ismail, soberano de Alepo, Saladino quedó libre de toda obligacion ulterior hácia el hijo de Noradino.

Los Cristianos habían violado con la empresa de Chatillon, que desconcertó Isedin, la tregua celebrada entre ellos y Saladino. Este, pues, decidió marchar en persona contra ellos, y el 11 de mayo de 1182 partió del Cáiro en medio de una gran comitiva. Á la seis semanas de su salida del Cáiro llegó Saladino á Damasco. Despues de detenerse un mes en Damasco, se dirigió hácia Tiberiade, asolando el país circunvecino, Panea, Ginin y Gur (el valle de la Celesiria que atraviesa el Jordán). Los Cristianos, en número de setecientos, ó de mil setecientos, se habían acampado en la fuente Sefori. Los dos ejércitos se encontraron cerca de la fortaleza de Beloir, fabricada poco ántes entre Tiberiade y Beisan (Schotópolis), y aunque los Cristianos sacaron ventaja, Saladino volvió á Damasco cargado de botín. Entónces marchó al Norte, hostilizó á Beirut, pasó el Eufórates por Bire (Boitha), se reforzó con las tropas del príncipe de Aran, y ayudado del príncipe de Hosein Keif, conquistó la ciudad de Roha y la dió al señor de Aran. Marchó luego contra Schabur Kirkesia, Meksin, Arban, Schabur y el país que toma su nombre de este río, afluente oriental del Eufórates. Atacó y conquistó á Nisibin, y se presentó delante de Mosul, que no quiso rendirse. Habiendo empezado el asedio, y no saliéndole bien, tornó á Aran, pasando por Sindyar y Nisibin.

Saladino continuó sus conquistas en la Mesopotamia para reunir todas las posesiones diseminadas de los Atabegos y demas príncipes particulares. Despues de un corto sitio y de una batalla, tomó á Amid (Edesa) y la cedió á Noradino Mahmud, hijo de Kara Arslan, de la familia de Ortok, señor de Hons Kief; en seguida volvió á Siria, donde se apoderó del castillo de Tell Calid, situado en las cercanías de Alepo. Desde allí se dirigió á atacar á Anitab, poseida por el hermano del tesorero de Noradino, y en recompensa de haberse rendido á la primera intimacion, no solo le dejó la ciudad, sino que le admitió en el número de sus emires. Cuatro días despues de tomar á Tell Calid, Saladino acampó delante de Alepo en el verde hipódromo, estrechando con vigoroso sitio la ciudad. Omadedin Zandy negoció con Saladino la cesion de la ciudad y de su nuevo dominio, á condicion de que se le entregasen sus antiguos países recientemente conquistados por aquel. Veinte y cinco días despues que Saladino se presentó delante de Alepo, le fué entregada la ciudad, y á Omaddin se le dió la posesion de Sindyar, Nisibin, Schabur, Racca y Sorousch, con la obligacion de que, en llamándole Saladino, acudiría á su servicio (1183).

La alegría de la conquista de Alepo fué turbada por la muerte de Tadyol Buri, hermano de

Saladino, que murió de una herida en la rodilla. Encontrábase Saladino en un alegre banquete que había dado á sus emires, cuando le refirieron al oído el caso. Tuvo bastante fuerza de ánimo par ahogar el dolor y que no se interrumpiese la fiesta, y despues anunció aquella pérdida á los emires, diciéndoles: « Hemos pagado cara á Alepo con la pérdida de mi hermano Buri. » Desde Alepo envió una intimacion á Serdyak, á quien Melik Saleh había entregado el castillo, y no habiendo podido convenirse con los parlamentarios de Saladino sobre las condiciones de la rendicion, decidió ponerlo en manos de los Francos. La guarnicion coló el proyecto, y prendiéndole, le entregó, junto con el castillo, á Saladino. Este, dejando por su lugarteniente en Alepo al hijo de Melik el Dahir, volvió á Damasco, donde se detuvo veinticuatro días.

Á mediados de setiembre salió de Damasco, y reuniendo el ejército en el puente de madera, se dirigió por el camino de Fevar y de Cossair sobre Beisan, cuyos habitantes huyeron, abandonando sus bienes. Los invasores se apoderaron de todo lo que podían llevar consigo y quemaron lo demas. Desde allí fué á acampar en Aindyalod, esto es, fuente de Goliath, una de las mas magníficas entre las célebres de Siria, que no debe confundirse con la fuente del mismo nombre en Damasco. Los emires Gerdik y Diavelli, en otro tiempo mamelucos de Noradino, que mandaban la vanguardia, se encontraron con los jinetes de Kerek y de Scherbek, que á las órdenes de Reinaldo de Chatillon atravesaban aquel valle, y haciéndoles cien prisioneros, los condujeron al campamento. Como llegase en viérnes la noticia de la victoria, se consideró presagio de otra mayor. El sábado se dijo que los Francos, reuniéndose en la fuente Sefori, se habían puesto en marcha hácia el castillo de los Habas. Hallóles Saladino acampados en la fuente de Goliath, en posicion inexpugnable; en vano con quinientos de sus mas valientes soldados procuró atraerlos al campo de batalla; despues de permanecer allí seis días, se dirigió á Tor, que los Cruzados llaman Tobelet, y estos volvieron al castillo de los Habas. Sus tropas asolaron los alrededores. Tornó Saladino á Damasco; pero, pasadas siete semanas, marchó contra Kerek.

Reinaldo de Chatillon tenía en mucho aquel castillo; celebraba las bodas de su hijastro Hunfredo con Isabel, de edad de once años, hermana menor del rey, cuando la noticia de que Saladino se acercaba á Kerek aterró á los convidados. Reinaldo no había seguido el consejo de quemar el caserío al pié de la fortaleza, que suministró á los sitiadores vino, grano y aceite en abundancia. Ocho máquinas lanzaron contra el castillo tales piedras, que tembló la roca que le servía de fundamento; pero habiendo acudido á su auxilio un ejército de Cristianos, Saladino, al cabo de diez días, levantó el sitio y volvió á Damasco con su hermano, á quien confió

el gobierno de Alepo, separando á su hijo Dahir.

De todas partes llegaban á Saladino embajadas, siendo la mas notable la del príncipe de Mosul, en que venia el ilustrado Behaeddin, que entrando luego al servicio de Saladino, fué el escritor mas distinguido de su vida. Á fines de mayo del siguiente año, 1184, visitó á Damasco Kara Arslan, á quien Saladino salió á recibir hasta la fuente del Puente, acogiéndole del modo mas honroso; y luego, acompañado de Kara Arslan y de su hermano Melik Aadil, emprendió otra expedicion contra Kerek, adonde llegó también de Egipto Melik Mosaffer. Á la noticia del segundo sitio de Kerek acudió de nuevo un ejército cristiano, que se acampó primero en el Vali, y de allí marchó á Kerek. Saladino, despues de haber dado la batalla, esparciendo su ejército por las costas desnudas de defensores, saqueó á Naplusa, á excepcion de sus dos castillos, tomó á Ginin, y en Resolma los combatientes se reunieron á Saladino, que volvió triunfante á Damasco, en compañía de su hermano Melik Aadil y de Noradino Mahmud, hijo de Kara Arslan. Llegaron embajadores, en nombre del califa, con vestidos de gala para Saladino, Melik Aadil y el hijo de Eseddin. Despues de otras victorias, dió Saladino nueva organizacion á los gobiernos de su Estado en Siria y en Egipto.

En la primavera del siguiente año (1187) emprendió la tercera expedicion contra Kerek.

Dió motivo á la expedicion la paz violada por el conde Reinaldo, que había saqueado una caravana de Damasco á la Meca, y se había negado á restituir los bienes robados que le reclamó Saladino. Este juró inatar á Reinaldo con su propia mano si conseguía apoderarse de él. Despues de pasar revista al ejército en Asctan, cerca de Damasco, el 26 de junio, un viérnes, entró en campaña. Elegia para todas sus expediciones guerreras el viérnes, como día de la oracion solemne, y la hora de las doce, esto es, de la oracion de medio día, como la mas favorable. El ejército cristiano se había acampado en Sefori, entre Nazaret y Acca (Tolemáida), donde se dice habitaron Joaquin y Ana, padres de María. El mismo día Saladino se adelantó hasta la aldea de Sabire, á orillas del lago de Tiberiade, y luego fijó sus reales en la llanura al Poniente del lago, esperando el ataque de los Cristianos. Mas viendo que estos no le atacaban, mandó exploradores á devastar desde Tiberiade á Nazaret y hasta los montes de Gelboe y de Fezael, de modo que el país ondulaba como un mar de fuego, y el Monte Thabor estaba horriblemente iluminado por las llamas. Él atacó en persona á Tiberiade, y la ocupó sin dificultad; solo se mantuvo firme el castillo. El día de la Visitacion de María, los mensajeros del conde de Trípoli llevaron esta terrible noticia al ejército cristiano, y aquella misma noche los dos ejércitos enemigos se encontraron frente á frente. El alba del viérnes 3 de julio empezó el

sangriento combate, que continuó indeciso hasta el anochecer. Los combatientes descansaron en el campo de batalla sin deponer las armas, y solo al despuntar el siguiente sábado apareció la derrota de los Cristianos y la brillante victoria de los musulmanes.

Entre Safed y el Thabor, á dos horas y media de Tiberiade, se eleva sobre una altura el Monte de las Bienaventuranzas, desde donde se disfruta la deliciosa vista de Safed, de la cima nevada del Hermon y del lago de Genezaret. Á la hora tercera del día el ejército cristiano fué rechazado por el musulmán hasta las faldas de aquel monte, donde el suelo lleno de rocas impedía combatir. Allí el ejército cristiano se desbandó; los soldados de á pié huyeron á la cima del monte, é impelieron ferozmente á la muchedumbre agolpada en torno de la Santa Cruz que habia caído de la mano del obispo de Tolemáida, y que el moribundo entregó al obispo de Lidda. Los príncipes buscaron su salvación en su fuga. Balduino de Ibelim, Reinaldo de Sidone y el hijo del príncipe de Antioquía huyeron á Tiro; el rey Guido de Jerusalem, Reinaldo de Chatillon, señor de Kerek, Bonificio, marques de Monferato, el senescal Josslin, el condestable Almerico, el gran maestre de los Templarios Hunfredo de Toron y el obispo de Lidda Guiscardo, que llevaba la Santa Cruz, fueron cogidos prisioneros; hasta el santo madero desapareció.

Saladino mandó conducir á su presencia á los caballeros, tratándolos con dulzura y consideración; solo al perjurio Reinaldo de Chatillon lanzaba terribles miradas; al rey de Jerusalem hizo presentar una bebida confortante, señal de que no queria quitarle la vida; pero cuando el rey alargó la copa á Reinaldo, Saladino se volvió al intérprete con estas palabras. « Dí al rey que él y no yo le ha ofrecido de beber. » Mandó llevar de allí á los prisioneros y dar á todos, en muestra de que les concedía la vida, de comer y de beber, excepto al señor de Kerek, á quien con su mano hendió de un golpe los hombros, acabándole de matar los que presenciaban el acto. Se ahorcó á los Templarios y los Hospitalarios; Saladino dió gracias á Dios por la victoria; al día siguiente se rindió el castillo de Tiberiade, y Saladino concedió libre salida á la condesa.

Tiberiade, fundada por un tirano, esto es, por Heródes Antipa, asesino de San Juan Bautista, y que traía su nombre de otro tirano, Tiberio, era capital de la Galilea, adonde, despues de la destruccion de Jerusalem, fué trasladado el sinedrín; siete dias despues de la batalla de Hittin, se presentó Saladino delante de los muros de Tolemáida, que se le rindió, y mas de cuatro mil prisioneros musulmanes fueron sacados de los calabozos. Los tesoros de los ricos almacenes cayeron en manos del ejército, que esparciéndose por toda la Palestina, tomó y saqueó las ciudades de Naplusa (*Neapolis*), Haifa (*Caípha*), Caissaridye (*Cæsarea*), Safurid (*Sepharis*), Nassuri (*Nazaret*). Saladino se diri-

gió luego al castillo de Tebiun, del que se apoderó á viva fuerza, y de allí á Saide (*Sidon*), Bairut (*Berytus*), Gebel (*Gabala*), Sur (*Tyrus*), volviendo en seguida sobre Ascalon y ocupando en el camino con parte del ejército á Ramla, Safea y Dar Runn, y con otra á Gaza y Beit-Gebrin, hasta que el 2 de setiembre se le entregó la misma Ascalon.

El colmo de la gloria militar de Saladino fué la conquista de Jerusalem, la ciudad santa, por espacio de noventa años en poder de los Cristianos, y la mas punzante espina en los ojos del islamismo. Á aquellos santuarios del islam, que son para los musulmanes los lugares mas santos del mundo despues de la Meca y Medina, se acercaba ahora Saladino para sitiarnos, habiendo sido desoidas sus ventajosas condiciones, á saber: armisticio hasta la siguiente pascua de Pentecostes, provision de todas las cosas necesarias, determinación de un espacio de cinco millas para el cultivo y el comercio y hasta 30,000 dineros por reparar los muros y bastiones de la ciudad.

Saladino renovó las proposiciones á los enviados de Jerusalem, que se encontraban en el campamento el día de la toma de Ascalon; pero habiendo declarado ellos que querian verter la última gota de sangre en la ciudad donde el Salvador habia vertido la suya, juró ocuparla á viva fuerza. El 20 de setiembre, día de lunes, se acampó hácia Mediodía, desde la puerta de Sion ó de David hasta la puerta de San Estéban, de donde se va á Jericó. La rapidez del Moría y del Acra, la profundidad de los valles de Gehenna y de Josafat, no permitian elevar máquinas; pero Saladino esperaba aun obtenerla convencionalmente. Burlado en su esperanza, dió principio al ataque, que duró doce dias; el octavo condujo el ejército á la parte septentrional, donde era mas fácil el acceso, y doce máquinas demolieron la muralla, cayendo junto con ella la gran Cruz erigida allí por los Cruzados en memoria de la primera conquista hecha por Godofredo de Bullon. Mientras que los enviados de la reina Sibila, del patriarca y de Balian negociaban inútilmente en el campamento de Saladino, los musulmanes plantaron sobre la brecha la bandera enemiga; pero un caballero aleman, excitando á sus camaradas, rechazó á los sitiadores y los precipitó en los fosos con la bandera de Saladino. Aquella noche cayó una torre con tal estrépito que todos se levantaron temiendo que el enemigo fuese ya dueño de la ciudad. Al siguiente día recorrió la muralla una solemne procesion de clérigos y frailes con estandartes y cruces y el cuerpo del Señor: las señoras mas distinguidas cortaron el pelo á sus hijas, y desnudas las metieron hasta el cuello en agua fria del Calvario; pero ni aun este bautismo de penitencia salvó á la ciudad. Balian negoció con Saladino, el cual al principio pidió en rescate 20 besantes por cada hombre y 10 por cada mujer; luego se conformó con la mitad, y últimamente, en vez de

100,000 besantes pedidos por siete mil pobres, se redujo la suma á 30,000. Cuarenta dias se concedieron para la venta de los bienes con que pagar el rescate y para la salida de los habitantes.

El 2 de octubre, un viérnes, día de San Leodegardo, en cuya noche celebraban los musulmanes la ascension del Profeta, se llevaron á Saladino las llaves de la ciudad, en la que entró en seguida como vencedor y conquistador. Los caballeros vendieron sus armas por un ínfimo precio, y tomaron los vasos de oro de las iglesias contra las estipulaciones, que estatuan no debiese ninguno llevar consigo mas del valor de 10 monedas de oro. Omadeddin, secretario y biógrafo de Saladino, le advirtió que de aquel modo se llevarian mas de 200,000 ducados en tesoros de iglesias; pero Saladino contestó: « Si se lo impidiese, me acusarian de haber violado la capitulacion. » Todos los que pudieron pagar el rescate partieron; quince mil personas, esto es, siete mil hombres y ocho mil mujeres que no se hallaban en aquel caso, fueron distribuidos entre los vencedores en calidad de esclavos. La mezquita Aksa, donde los Templarios habian cubierto con un muro el altar de David, estableciendo su tribunal en la parte del Sur, fué restituida al culto del islamismo; se demolieron las paredes, la mezquita se lavó con agua de rosas de Damasco por los faquires y los ulemas, se derribó la Cruz de oro del templo de Salomon; en vez de las campanas resonaron los gritos de los muezines; el Coran sustituyó al Evangelio; en la iglesia de la Eucaristía dió un banquete Melik Aadil, hermano del sultan; en el Gólgota retumbó el grito de *Allah Ekber* (Dios es grande). Los ocho dias despues del viérnes de la conquista disputaron los mas distinguidos teólogos y doctores el honor de decir la oracion pública al viérnes siguiente; y al cabo Saladino decidió que fuese Moniyeddin es-Sendyi. Este, cubierto con un manto negro que le habia regalado el califa, subió al púlpito, y ántes de la oracion pronunció un exordio, modelo de elocuencia árabe, que á continuacion extractamos:

« Alegráos, ¡oh hombres! de la gracia del Señor, que es el colmo de sus beneficios hácia vosotros. Alegráos de que haya arrancado la ciudad santa á los infieles, en cuyas manos se encontraba hace cerca de un siglo. Él ha purificado este templo, donde se santifica su nombre, y donde se proclama su unidad. Él ha elevado el edificio de su gloria, y echado los fundamentos del templo para los que le siguen y preceden. Aquí habitó vuestro padre Abraham, desde aquí ascendió al cielo vuestro Profeta, aquí está la primera Kibla del islamismo, adonde se volvian al principio los creyentes cuando oraban. Esta es la mansion del Profeta, el refugio de los santos, el sepulcro de los profetas, el sitio adonde descendió la revelacion y fueron dados sus preceptos; el valle del juicio, donde los hombres serán en el último día reu-

nidos y dispersos; la tierra prometida de la Sagrada Escritura; la mezquita Aksa, donde el Profeta oró y saludó á los querubines, donde Dios envió al Señor Jesus, donde su aliento bajó sobre María. El Mesías, ha dicho Dios, consintió en ser su siervo lo mismo que los ángeles; mienten los que se colocan en lugar de Dios; se engañan profundamente; Dios no ha tenido ningun hijo, ni existe ningun Dios superior á él. Alabanza á Dios que preside al mundo real é ideal, que está muy por encima de los que se ha querido colocar á su lado. Digamos con el Coran: — « Los que dicen que el Mesías, hijo de María, es Dios, son infieles. ¿Quién podria impedir á Dios anonadar al Mesías, hijo de María, á su madre y á todos los seres de la tierra? Á Dios pertenece la soberanía del cielo y de la tierra, y del espacio que los separa; él da la existencia á lo que quiere, porque es todopoderoso. » Jerusalem es la primera de las dos Kiblas, el segundo de los dos santos oratorios, el tercero de los santuarios adonde se dirigen las caravanas de los peregrinos; honrada sobre las demas ciudades por todos los musulmanes. Esta es la conquista que ha abierto las puertas del cielo, que ha colmado de alegría á los ángeles y á los profetas. ¡Qué dicha la vuestra de haber sido elegidos para la conquista de Jerusalem y para hacer flotar en sus muros las banderas del islamismo! Quizá estáis destinados á conquistas aun mas brillantes, y quizá la gloria de los que se han consagrado en silencio á la oracion supera la de los que combaten en la guerra santa. Esta es la casa sublime de la cual está escrito en el Coran: — « Alabanza á Dios, que trasladó durante la noche á su siervo desde el templo sagrado de la Meca al lejano templo de Jerusalem, cuyo recinto hemos bendecido para hacerle ver nuestras maravillas. Dios comprende y ve todo. » Este es el país glorificado por Dios, donde envió á la tierra los cuatro libros santos (el Pentatéuco, el Coran, el Salterio y el Evangelio); donde detuvo el curso del sol, para completar la victoria de Josué; donde por medio de Moises mandó al pueblo que le siguiera; donde uno fué desobediente y los demas perecieron por tener parentesco con él. Alabanza á Dios, que os ha beneficiado sobre todos los pasados pueblos, que os ha enriquecido. Dios os mira siempre como á sus ejércitos, los ángeles os felicitan porque sois los defensores del verdadero culto, los destructores de la creencia en las tres personas y de toda supersticion. Los ángeles ruegan por vosotros, y ganan para vosotros el reino de los cielos. Conservad puro este don de Dios, y honrad este país santificado por Dios, el cual salva de los peligros á aquellos que le siguen. Guardaos de hacer mal para no caer de nuevo bajo la opresion de los enemigos. Aprovechad la ocasion de extirpar los restos de las tropas idólatras. Combatid por amor de Dios en su senda, y conservadle vuestras almas, vos-

otros á quienes él se digna elegir por sus siervos. No escuchéis las lisonjas de Satanás, el cual os grita al oído que debéis esta victoria á vuestra espada, á vuestro noble caballo, á vuestro valor. ¡No, por Dios! ¡la conquista solo procede de Dios! Él es el altísimo, el sapientísimo.»

Después Saladino dijo la oración del viernes en el templo de Sachra con el pueblo reunido en el pavimento de la mezquita. El púlpito que Noradino el justo había mandado hacer en Alepo, fué llevado á Jerusalem y puesto al lado de la Kibla y se nombró predicador á un joven de Damasco que desde la cárcel donde le tenían los Cristianos había excitado con los siguientes versos el celo religioso de Saladino á la conquista de Jerusalem: «Oh rey que abates el mundo de la Cruz y defiendes la ley del islamismo, á ti va dirigido este santo escrito desde la santa casa. ¡Marcha á la conquista de Jerusalem! Tú purificas las mezquitas; solamente yo estoy aun cubierto de impureza.»

Saladino rehizo el nicho del altar y lo adornó con una inscripción de oro, que recuerda el nombre del restaurador y la fecha. Todos los príncipes Ayubitas competían en celebrar la nueva conquista con fundaciones piadosas, sobre todo Melik Aadil, hermano de Saladino, y su sobrino Takdyeddin, hijo de Schen-schá. Este, encaminándose á la roca Sachra, la purificó con su propia mano de la tierra y de las inmundicias que la cubrían, la lavó primero con agua pura, luego con agua de rosas, y lo mismo las paredes y el templo, é hizo muchas limosnas á los pobres. Los príncipes Noradino Ali y Aziz Osmam formaron en el nicho del altar de David y en otros un almacén de armas, esto es, una colección de corazas para todos los que combaten en la vía visible del Señor. Saladino restauró el oratorio situado fuera de la mezquita, frente á la puerta de la ciudad, llamada de Abraham, el cual pasa por el segundo altar de David; y señaló á este, como al altar mayor de la mezquita, un imán, un muezin y muchos sacristanes. Melik Aadil fijó su tienda en la altura de Sion. Saladino mandó á los doctores de la ley que visitasen la escuela del rito schafi y las de las otras sectas. En la descripción de Jerusalem y^a de Hebron, titulada *El confidente de estas ciudades*, posterior al tiempo en que nos encontramos, se citan hasta treinta escuelas, parte en el recinto de las mezquitas, parte anexas, y otras tantas diseminadas por la ciudad. Cinco años después de la conquista, Saladino fundó una en la puerta de las tribus, que era antes iglesia de Santa Ana, madre de María. Saladino se dirigió al patriarcado próximo á la iglesia del Santo Sepulcro, cuya visita prohibió por entonces á los Cristianos. Muchos le aconsejaron que le derribase para destruir de un solo golpe la calamidad que atraía á Siria á los ejércitos de Europa; otros decían que con eso no se ganaría nada, pues los Cristianos seguirían yendo en peregrinación aun-

que el polvo de todos aquellos edificios y del Santo Sepulcro se lanzase al aire; además de que Omar, en la conquista de Jerusalem, había conservado la iglesia y permitido á los Cristianos visitarla; de consiguiente, se dió de nuevo este permiso. Saladino anunció la espléndida conquista al califa Nasiredin por medio de una carta que dictó Ali, hijo de Surverdi, émulo en elocuencia del orador de la súplica, y escribió uno de los mejores calígrafos.

Á los catorce días de su salida de Jerusalem estaba delante de Tiro esperando al ejército, con el cual, dentro de otros catorce días, dió principio al sitio. Respondiéronle decididamente los sitiados, y entonces Saladino ofreció á Conrado, marques de Monferrato, como precio de la entrega la libertad de Bonifacio, su padre. El marques desechó la propuesta, declarando que no daría en rescate de aquel ni la mas pequeña piedra de la ciudad. Saladino, después de haber construido diez y siete máquinas y reunido catorce buques, empezó el ataque el día del solsticio de invierno. Una estratagema de marques hizo perder á Saladino parte de su escuadra en el puerto de Tiro, en un combate que se verificó en los últimos días del año, y el primero del siguiente (1188) fué levantado el sitio. Convocados los emires á consejo de guerra, opinaron por la retirada, en atención al mucho frío y la lluvia. Saladino, prendiendo fuego á las máquinas, se marchó con parte del ejército á Acca y despidió el restante. La derrota naval y el levantamiento del sitio de Tiro fueron los únicos desastres de Saladino en aquel año, tan fecundo en victorias y conquistas.

Como la toma de Jerusalem había sido precedida y facilitada por la de todas las ciudades de los contornos, decidió también preparar la conquista de Tiro con las de las costas, castillos y fortalezas de la Siria Septentrional, de mas fácil ocupación. Así lo hizo, y entre todos el sitio bienal de Acca ó Acri y su intrépida defensa es un acontecimiento importantísimo en la historia de las Cruzadas (1189).

El campamento de los Cristianos rodeaba la mitad de la ciudad por la parte de tierra; la tienda del rey estaba en el collado de los Suplicantes, ó sea sobre el Turon, á Mediodía y frente al collado Adyadiviet: dos mil eran los jinetes cristianos, treinta mil los soldados de á pié. Los musulmanes estaban impacientes por venir á las manos, pero Saladino moderó su celo, y continuaba llamando tropas al rededor de sí. En este intermedio los Cristianos habían recibido también por mar un refuerzo de doce mil Cruzados de Damasco, de Siria y otros países septentrionales, ansiosos de empeñar el combate. Ambos ejércitos se estuvieron contemplando por espacio de catorce días, y Saladino eligió para la batalla el día de la exaltación de la Santa Cruz, que cayó en viernes, día en que la fortuna le había sonreído siempre como á buen musulmán. El pregon de la súplica fué la señal de la batalla, y el grito *Allah Ekber* res-

no al mismo tiempo en la boca de los muezines, y en la de los sitiadores. Combatieron hasta la noche, quedando indecisa la victoria. Á la mañana siguiente Saladino envió temprano una tropa escogida á la parte septentrional de la ciudad, donde no había campamento enemigo, sino solo la caballería ligera que fué derrotada y huyó precipitadamente. De este modo el espacio de las murallas, desde la puerta de la torre á la de Caracusk, se vió libre de enemigos, y nadie estorbó la entrada y la salida. Saladino mismo entró en la ciudad y observó desde los muros la posición de los contrarios. Alentado por su presencia, el ejército de dentro verificó una salida, y el domingo siguiente se renovó el combate. Del viernes al lunes no había descansado Saladino un momento ni casi probado la comida. El sétimo día atacaron los Cristianos, pero fueron rechazados, y esto les obligó á permanecer quietos en el campo muchos días, siendo libre entretanto la entrada en la ciudad.

Cada día había nuevos ataques y salidas, nuevas heridas y muertes. Sitiadores y sitiados se habituaron poco á poco á pelear entre sí, de manera que si unos estaban cansados, ambos reposaban; si estos cantaban, aquellos bailaban al compás del canto; á la gravedad del combate mezclaban chistes é ironías: *¿Hasta cuándo, grito una voz, combatiéremos aun los hombres? Es tiempo de que los niños nos releven*; y en seguida se dispuso un combate entre dos chicos cristianos y dos musulmanes. Uno de los chicos musulmanes cayó debajo del cristiano y este le tuvo firmemente en clase de prisionero; se le reconoció como tal por ambas partes y fué rescatado con dos zequies. Los sitiadores confirmaron de este modo el buen augurio que habían deducido antes al ver uno de sus caballos, que cayó al agua durante el desembarco, venir nadando al puerto. Finalmente, el 4 de octubre el ejército cristiano bajó en orden de batalla del collado Turon á la llanura. La primera línea, compuesta de Hospitalarios y Templarios, estaba mandada por el rey Guido en persona, delante del cual llevaban cuatro hombres el Evangelio con cubierta de seda. El ejército cristiano se extendía desde el río al mar. Saladino mandó á los Yauschos que invitasen al ejército á combatir con la acostumbrada oración: *Oh familia del islam! Oh Señor de los unitarios!* Estaba en el centro: en el ala derecha su hijo Melik Efdal, con las tropas de Mosul y Diarbekir, de Hofu y Nabras, y al extremo, tocando en el mar, su sobrino Takdyeddin Omar. Formaban el ala izquierda las tribus curdas Mehran y Hakiari, que subsisten aun hoy, y el ejército de Singuar con los mamelucos, entre quienes eran nombradísimos por su valor los Esedishes, esto es, semejantes á leones, llamados así de Eseddin Schiren, león de la fe. Saladino con un enérgico discurso inflamó el ejército á la batalla.

Habían pasado ya cuatro horas del día cuan-

do se lió principio. El ala izquierda de los enemigos cayó sobre la derecha de los musulmanes que se apoyaban en el mar, rechazándola hasta el pié del Adyadiviet, el cual fué tomado por asalto. Los Cristianos penetraron hasta la tienda del sultan y mataron á uno de sus camareros. El ala izquierda permanecía inmóvil y Saladino corria de uno á otro escuadrón, animándolos con el grito de: *Oh familia de islam!* y con las mas brillantes promesas. Acompañado solo de cinco ayudantes, volaba como torbellino de una tropa á otra y luego al collado para reunir á los fugitivos, que en su mayor parte habían huido hasta mas allá del puente de Tiberiade, y algunos hasta Damasco. Cuando los enemigos, que habían llegado á la misma tienda del sultan, vieron la firme actitud del ala izquierda de los musulmanes, retrocedieron. Saladino que los aguardaba al pié del collado, los atacó por la espalda; el príncipe Mosaffer condujo de nuevo el resto del ala derecha á la batalla, cuya suerte se inclinó entonces á favor de los musulmanes, decidiéndose enteramente después de medio día. Perecieron siete mil Cristianos. Despojados los fugitivos del botín, Saladino asistió al reparto para dar á cada uno lo que le correspondía. Las telas y las armas formaban un montón, y el pregonero sacaba una pieza después de otra; el dueño probaba que lo era con testigos y juramento, y al instante entraba en posesión del objeto, fuese poco ó mucho su valor. Para que el aire corrompido con el mal olor de los cadáveres no dañase al ejército, mandó Saladino retirar el campamento hasta Caraba, donde levantó su tienda, y en seguida reunió el consejo de guerra de sus emires, entre los cuales se encontraba el historiador Behaeddin. Después de una larga discusión, se decidió conceder algunos días de reposo al ejército, que hacia cincuenta días estaba sobre las armas en Caraba, y aguardar á las tropas egipcias de Melik Aadil. Saladino descansó también algunos días que necesitaba, tanto mas cuanto que no se sentía bien de salud; pero entonces le llegó la alarmente noticia que le enviaba su hijo el príncipe Dahir desde Alepo, á saber, que estaba en marcha, y había desembarcado ya en Constantinopla el emperador de Alemania Federico Barbaroja, con un ejército que la fama suponía contar doscientos cincuenta mil hombres. Inmediatamente envió al historiador Behaeddin con una embajada al califa, á los príncipes de Mesopotamia, á los señores de Sindyar, Gesiret, Mosul y Arbil, para que concurriesen á salvar al islamismo del terrible peligro que lo amenazaba: en el término de seis meses cumplió Behaeddin su encargo, y volvió con magníficas promesas del califa.

Á fines de abril (1190), cuando en el día de Fizr, custodio de la fuente de la vida, reverdecía toda la naturaleza, reverdecía también la esperanza de Saladino con los refuerzos que le llegaban de todas partes y con una embajada